

un estado de primitivismo, pero la teoría de los ciclos universales (el eterno retorno) y su sentido repetitivo no estimuló el interés por el futuro.

La idea de progreso contenía «una síntesis del pasado y una previsión del futuro», pese a Marco Aurelio y su negación de la posteridad. Séneca vislumbró grandes descubrimientos científicos, pero «aunque sus observaciones sean únicas en la literatura antigua, están lejos de sugerir una doctrina del progreso». El atomismo de Epicuro y Demócrito (el mundo formado mecánicamente por átomos sin intervención divina) podría haber desembocado en una fundamentación de la teoría del progreso si los griegos hubieran sido menos pesimistas. Bury muestra su convencimiento de que el pesimismo, la resignación y el individualismo son incompatibles con la idea de progreso.

La doctrina agustiniana de la providencia divina, también incompatible, dominó el pensamiento medieval. Bury rechaza la presunción de que el franciscano Roger Bacon anunciara la idea de progreso, por cuanto se limitó a subordinar la ciencia a la teología. Este R. Bacon fue el primero que comprendió la ventaja del método experimental para investigar los secretos de la naturaleza y acceder a «la felicidad en la otra vida». Los trescientos años del bajo medievo representaron un período claramente progresivo, mas no suficiente para la aparición de la teoría. El Renacimiento restauró la confianza en la razón humana. La vida poseía un valor independiente de los temores y esperanzas ultraterrenos. Ello supuso el retorno al mundo grecorromano, que Bury encarna en Maquiavelo y su indagación historicista del Estado ideal en la Roma republicana. El culto a la antigüedad paralizó el nacimiento de la idea de progreso, que a partir del siglo XVI, con Copérnico al desautorizar a Tolomeo, y Vesalio al dañar el prestigio de Galeno, entre otros ejemplos, permitieron atisbar la tendencia a desafiar la autoridad de los antiguos, ya formalizada en el siglo XIV.

A la gestación de la idea de progreso contribuyeron directamente Bodino y Francis Bacon. El primero inauguró una nueva concepción de la historia universal (rechazo a la Edad de Oro y consiguiente no degeneración de la humanidad; ley de las oscilaciones históricas, ascenso gradual y dependencia de la voluntad humana). No obstante sus prejuicios astrológicos, Bodino se aproximó mucho a la idea. Louis Le Roy, aún sometido a la influencia de la divina providencia, sostuvo tres principios similares: el mundo no había degenerado, el tiempo moderno no era inferior a la antigüedad clásica y las razas formaban ahora una especie de «república mundial». La propuesta de Bacon para la reforma de la ciencia, el experimentalismo, ya la mantuvo su homónimo R. Bacon, el fraile de Oxford, en una edad inmadura para hacerla fructificar, aparte de que en este Bacon la extensión del saber no tenía más sentido que el de preparar el lecho para la próxima venida del Anticristo. Francis Bacon añadió un matiz: el fin del conocimiento es la *utilidad*, mejorar la vida humana y mitigar el sufrimiento desde el practicismo. Ingredientes desconocidos para los antiguos griegos —pólvora, brújula, imprenta— cambiaron la apariencia del mundo, unidos a los efectos de las exploraciones de tierras y mares.

El reconocimiento del valor de la vida terrenal, el experimentalismo de Bacon y la supremacía del raciocinio e invariabilidad de las leyes de la naturaleza (Descartes) fueron los cambios de pensamiento que, a juicio de Bury, permitieron el nacimiento de la idea de progreso. Las primeras afirmaciones concretas corresponden a la controversia de An-

*tiguos y modernos* (liberación de la crítica respecto a la autoridad de los muertos), iniciada en Italia por Tassoni, y a la influencia científica de la Royal Society, fundada en 1660. La teoría no sólo reconoce el progreso de pasado y presente, sino que ha de influir un futuro ilimitado como algo necesario. El cartesiano Fontenelle fue el primero en explicarla completa. El paso siguiente probó que los males sociales se debían no a deficiencias innatas e incorregibles del ser humano ni tampoco a la naturaleza de las cosas, sino a ignorancia y prejuicios. La cuestión era acrecentar el saber.

El abate de Saint-Pierre anticipó el espíritu de los enciclopedistas y propagó la noción de progreso social indefinido. Quiso demostrar —mediados del siglo XVIII— que el progreso no era producto de la casualidad y correspondía a leyes demostrables. Montesquieu llamó la atención sobre la influencia de las condiciones geográficas en el desarrollo de las sociedades humanas y trató de relacionar las leyes con las instituciones y las circunstancias históricas. Voltaire pensó que los acontecimientos estaban guiados por el azar allí donde no podían ser guiados por la razón. Turgot concibió la Historia universal como «el progreso constante, aunque lento de la raza humana en un gigantesco todo a través de periodos alternativos de calma y crisis, hacia una mayor perfección». El hombre avanza a fuerza de errores, pero se mueve en la dirección deseada. Según Turgot, las «causas necesarias generales» determinaron el curso de la historia: naturaleza humana, pasiones, racionalidad, geografía y clima.

La doctrina enciclopedista (Helvetius, Diderot, Holbach) encaminada a moldear el carácter de los hombres mediante leyes e instituciones, combinada o no con la creencia en la igualdad de facultades, representó uno de los cimientos sobre los que podía levantarse el mito de la perfectibilidad. El grupo de los economistas «fisiócratas» también dio por sentado que el fin era la obtención de la mayor felicidad terrestre (abundancia y libertad). El Estado debía proteger la propiedad y otorgar máxima libertad a la empresa privada y que la industria y el comercio siguiesen sus tendencias naturales, esto es lo que se entendía por *fisiocracia*, el reinado del Orden Natural.

Rousseau, a quien Bury estima como el fundador de la democracia moderna, creyó que el desarrollo social había sido un gigantesco error y que cuanto más se distanció el hombre de su primitividad tanto más desgraciada fue su suerte. Como elemento progresista, Bury salva de Rousseau su idea de igualdad. Chastellux cotejó progreso-historia y se preguntaba si había «existido alguna vez una época en que la felicidad pública fuese mayor que en la nuestra (1772), en la que hubiese sido deseable permanecer para siempre y a la que sería deseable volver». Concluyó que la felicidad no había sido realizada en ningún momento del pasado, pero que debíamos considerarnos en el presente mucho más felices que los antiguos. Bury mostró asombro por la fácil confianza que Chastellux aplicaba al criterio de la felicidad en diferentes épocas, y Comte fue categórico: la felicidad entre distintas sociedades era imposible de establecer y el propósito debía ser eliminado de cualquier investigación científica.

Si bien la Revolución Francesa, a juicio de Bury, desmintió la esperanza de una rápida regeneración del mundo, algunos de sus intelectuales no llegaron a descorazonarse, entre ellos Condorcet, quien concibió el plan ambicioso de «mostrar los cambios sucesivos de la sociedad humana, la influencia que cada instante ejerce sobre el siguiente y así, en

sus modificaciones sucesivas, el avance del género humano hacia la verdad y la felicidad». Condorcet, inspirado en Turgot, fue el profeta del progreso indefinido y consideró posible «prever los acontecimientos si se conocen las leyes generales de los fenómenos sociales, y estas leyes pueden inferirse de la Historia». Predijo la igualdad de clases sociales, de naciones, de sexos, y centró la atención en la idea, antes secundaria, de que el progreso humano era el problema que reclamaba de modo principal la atención de los hombres.

En Inglaterra, por sus mayores libertades políticas, la causa del progreso tuvo menos significado práctico que en Francia. En los demás aspectos el ámbito intelectual inglés se encontraba bien abonado en el XVIII para la recepción de la semilla, sembrada por Shaftesbury. Hume se mostró escéptico. La mayor contribución provino de Adam Smith y de sus enseñanzas sobre el libre comercio. «Cualquiera que haya sido el principio del mundo —escribió Priestley—, su final será glorioso y paradisiaco». Willian Godwin radicalizó los principios de Rousseau (maldad de toda clase de gobierno y perfección —ácrata— del hombre natural). Las críticas de Malthus (superpoblación y escasez alimentaria) asestaron un duro golpe. Bentham dijo que «nunca haremos de este mundo la residencia de la felicidad, pero podemos hacer de él un jardín más placentero comparado con la selva salvaje en la que los hombres han vivido tanto tiempo». En Lessing la meta no fue la felicidad social, sino la comprensión de Dios. Herder se propuso, como Turgot y Condorcet, realizar una Historia universal. Le confirió carácter determinista: el hombre no puede guiar su destino y está determinado por la naturaleza de las cosas, su organización física y el medio ambiente.

Comprender los argumentos de Kant exige remitirse a su ética. Entendió el progreso como mejora moral. Bury discierne que la moralidad en Kant es una obligación absoluta fundada en la naturaleza de la razón, y sus especulaciones de Historia universal constituyen realmente una discusión sobre si el Estado ideal, postulado subjetivo en interés de la ética, es posible realizarlo objetivamente. Kant creyó en la perspectiva del progreso, pero con mucha cautela. Mientras la idea en Francia era eudemonista (felicidad como meta), Kant se mostró resuelto adversario del eudemonismo: «Si tomamos como medida el goce o la felicidad, es sencillo valorar la vida. Su valor es menor que nada. Pues ¿quién volvería a empezar su vida en las mismas condiciones o incluso en condiciones naturales nuevas, si ello fuera posible, con el goce por meta exclusiva?»

La vena pesimista kantiana influyó en Schopenhauer: este es el peor de los mundos posibles. Fichte mantuvo que el verdadero objeto de la moral no era la salvación del individuo, sino el progreso. Bury deduce que el corolario de la idea de un progreso terrestre supone «la negación de todo valor moral al ideal cristiano de una sociedad ascética», por lo que más tarde será combatido.

Hegel fue antagonista del progreso como doctrina práctica: «Ha existido progreso, pero ya ha terminado su misión; el Estado monárquico prusiano es la última palabra de la Historia». Y una vez satisfechas las necesidades del Espíritu Absoluto —siguió Bury en su algo sarcástico comentario a Hegel—, «cuando este Espíritu ha visto su total poder y esplendor revelados por la filosofía hegeliana, el mundo es el mejor que puede existir. La mejora social no importa, como tampoco el progreso humano ni el acrecentamiento